

ANDREA MAGGI

MUERTE
EN LA
ACRÓPOLIS



DUOMO EDICIONES
Barcelona, 2015

PRÓLOGO
MIEDO, ALEGRÍA Y ESPANTO EN ATENAS

Un aullido desgarró el silencio de la noche.

En lo alto de la Acrópolis, los dos centinelas que dormitaban de guardia en el Partenón se sobresaltaron. Uno de los dos soltó un juramento. El otro apretó firmemente la lanza y dio dos pasos adelante.

–¡Por Apolo! ¿Has oído? –susurró.

El primer centinela aferró una antorcha que agonizaba en un pedestal y la alzó desafiando la oscuridad.

–Venía del Falero –dijo con una voz que delataba un creciente recelo.

El otro centinela se estremeció.

–Nunca antes lobo alguno ha entrado dentro de las murallas de la ciudad.

El primer soldado de la guardia se ajustó el yelmo sobre la cabeza. Dirigió la antorcha hacia la pared del templo. La luz trémula de la llama se reflejó en los frisos de mármol deformando las divinidades, los héroes y los hombres esculpidos en relieve. El cielo era avaro de estrellas. La luna llena irradiaba sobre toda Atenas con su pálida claridad. Un gélido temblor recorrió el espinazo del soldado de guardia.

–A mí no me parece en absoluto la voz de un lobo –dijo.

–Por Zeus, ¿qué era, pues? –dijo el otro centinela.

El primero trató de tragar saliva. Se le había secado el gáznate.

–¿No has oído lo que se cuenta abajo en el Falero?

–Pensaba que eran simples cuentos...

–Parece que por esa parte se esconde un licántropo y que sólo se deja ver en las noches de luna llena. Dicen que vaga en busca de víctimas a las que descuartizar y...

–Y que sólo come carne viva –dijo espantado el otro de la guardia, quitándole las palabras de la boca al primero.

De pronto un segundo aullido más prolongado y más lúgubre se alzó a lo lejos. Ambos centinelas se sobresaltaron. Esta vez lo habían distinguido claramente, y sin embargo no supieron establecer con certeza si lo que habían oído había sido la voz de un animal o un alarido humano.

–Dicen que es imposible matarlo con lanzas y flechas... –manifestó el primer centinela con voz trémula.

Su compañero miró la lanza que apretaba en la mano y se quedó en silencio. Su rostro se puso de un color terroso.

Una ráfaga de viento remolineó dentro del recinto sagrado amurallado. Un silbido siniestro resonó rabioso entre las columnas del templo. Los dos intercambiaron una mirada cargada de terror. Sabían que su deber era vigilar el templo de Atenea. Pero también sabían que sus armas no servirían de nada contra aquella abominación, en el caso de que se les apareciera delante.

Fobo, el dios del miedo, se infiltró en sus ánimos. Los dos soldados de la guardia arrojaron sus lanzas y huyeron como niños en busca de un refugio.

Grande es el poder de Fobo. Delante de él la virtud se transforma en ruindad y los hombres se convierten en perros sin valor. Sus voces se truecan en tristes ladridos.

Aquel año la fiesta de Zeus Salvador llegó esperada como nunca. Los atenienses dejaron a un lado, aunque fuese sólo por un día, las muchas preocupaciones que les afligían para ensalzar al padre de todos los dioses.

Los ritos comenzaron a la puesta del sol.

Sobre el fuego de los altares se desparramaron semillas de cereales.

La sangre de los animales sacrificados brotó sobre el blanco mármol.

Las libaciones. Las oraciones. La procesión en honor de Zeus Salvador discurrió suntuosa a lo largo de la vía de las Panateneas.

La nave sagrada avanzó portada a hombros por esclavos musculosos. Atravesó los Propileos, pasando justo por entre las columnas de la puerta de la Acrópolis, y fue depositada delante del Partenón. Los ciudadanos que habían acudido a millares dejaron sus ofrendas y regresaron cuesta abajo para participar en el banquete nocturno. Músicas y danzas alegraron los ánimos. El vino mezclado con miel corrió a raudales de las cráteras. Pronto la embriaguez invadió los miembros de todos. La noche transcurrió alegre como el agua de un torrente, hasta que calló también la flauta del intérprete más empedernido.

Al amanecer, Fósforo ahuyentó las horas nocturnas y abrió el camino a los primeros rayos de la mañana. El sacerdote anciano escoltado por la guardia abrió las puertas del Partenón. La enorme estatua de Atenea en oro y marfil del interior del templo fue besada por el sol naciente. Su mirada apuntaba hacia delante con altiva prudencia.

El sacerdote retrocedió temeroso. Llegado a la escalinata, levantó la cabeza y miró fijamente las águilas esculpidas en el frontón del templo. La luz roja del alba las teñía de sangre y un oscuro presagio ofuscó sus pensamientos. Oprimido por un gran peso en el corazón, descendió la escalinata renqueando. Jadeaba. Llegó al edificio del Tesoro de la ciudad, junto al templo de Atenea.

Con mano insegura introdujo la llave en la cerradura y abrió las puertas. La luz del día irrumpió en el interior. Lo que el sacerdote vio ante sí confirmó que todos sus presagios tenían un triste fundamento. Las manos y las piernas empezaron a temblarle convulsamente. Se vio obligado a ponerse de rodillas. Los soldados de la guardia a sus espaldas, tras haberlo alcanzado, dejaron caer

las lanzas del desconcierto. El sacerdote respiraba con esfuerzo. Unos agudos estertores salían de su boca desdentada. La blanca barba vibraba con los sollozos mientras los ojos miraban fijamente al interior del Tesoro completamente vacío. La reserva de oro de Atenas, guardada allí dentro, había desaparecido del todo.

De la boca trémula del viejo no tardó en salir un grito. Éste se alzó agudo resonando entre las desnudas paredes del Tesoro, amplificado como el llanto de un gigante.

CAPÍTULO I
EN EL QUE APOLÓFANES RECIBE UN ORÁCULO DIVINO

El sendero para dirigirse al cabo Sunion irradiaba un calor despiadado desde las primeras luces del día y nos anunciaba a nosotros caminantes una jornada de calor sofocante. El fuerte viento de la noche había cedido paso a una plácida brisa empujada por las alas de Noto. Mi esclavo Estrepsíades y yo avanzábamos lentamente cuesta arriba. El chivo que mi siervo llevaba atado de una cuerda no hacía sino lamentarse. El camino estrecho y pedregoso olía a plantas secadas por el sol. Principalmente, la camomila silvestre hacía que picaran las fosas nasales. Un coro inmenso de cigarras invisibles, apostadas entre los arbustos secos como soldados preparados para una emboscada, acompañaba nuestro lento avance. Ambos teníamos los tobillos flagelados por los arbustos espinosos diseminados por doquier.

Para consolarnos manteníamos la mirada fija en la gran extensión azulada del mar que desde la costa rocosa se expandía incontenible hasta la línea del horizonte. Las naves que se dirigían a las islas Cícladas flotaban como sobre un espejo de luz.

Estrepsíades me sobrepasaba en altura. Era un gigante de cabellos grises y de barba alborotada oriundo de Tebas, en Beocia. No era más joven, pero estaba dotado todavía de una fuerza desmesurada. La nariz tumefacta y los pómulos pronunciados eran un recuerdo de su pasado de luchador, así como su cuello de toro y sus poderosos miembros. De joven su habilidad de luchador le había procurado fama y riqueza, pero después de la batalla de

Queronea, acaecida dieciséis años antes, Tebas había caído bajo el dominio macedonio, y Estrepsíades, hecho prisionero precisamente al término de aquella batalla, había sido reducido a la esclavitud. Algunos años antes, lo había comprado en el mercado del Ágora y desde entonces había demostrado ser un servidor honesto y fiel. Agobiado por el intenso calor, daba a mi lado un paso tras otro, propinando puntapiés a los guijarros polvorientos y resoplando como un toro a punto de embestir.

El templo de mármol blanco en lo alto del cabo era besado por el sol naciente y resplandecía como una estrella en pleno día. Dominaba desde su posición el mar y toda la tierra a sus espaldas. Un punto luminoso entre la inmensa extensión azul y los matices encendidos de la Aurora. Únicamente el cielo, que todo lo recubre, lo superaba en belleza.

El sendero que teníamos delante de nosotros era todavía largo. Para olvidar el esfuerzo nos pusimos a hablar de un hecho que algunos días antes había despertado enorme ruido. Un acontecimiento increíble. Desde hacía días no se hablaba de otra cosa en la ciudad. El oro de Atenas había desaparecido misteriosamente del Tesoro de la Acrópolis al término de la fiesta de Zeus Salvador. Un hecho de tal gravedad había sumido a todos los atenienses en el más completo desconcierto.

—¿Cómo ha podido desvanecerse una cantidad de oro tan inmensa del Tesoro de la Acrópolis, el lugar más vigilado de toda Atenas? Hasta un insecto que hubiese franqueado los Propileos sin permiso habría sido alanceado por la guardia —exclamé de improviso.

Las piedrecitas que se me habían metido entre los pies y las sandalias me torturaban.

—A mi modo de ver, no es mortal la mano que ha sustraído el oro de Atenas —sentenció mi esclavo con su profundo vozarrón.

—¿Qué quieres decir?

El rostro barbudo del hombre se ensombreció.

—Se dice que las puertas del Tesoro no muestran ninguna señal

de haber sido rotas. Lo que quiere decir que no han sido forzadas por mano humana. Por lo demás, con la vigilancia que había, ningún ladrón puede haber violado el sagrado umbral durante la noche de los festejos a Zeus Salvador. Y sin embargo el oro ha desaparecido. Por eso corre un rumor.

–¿Qué rumor? –pregunté lleno de curiosidad.

Estrepsíades se inclinó como si quisiera confiarme un secreto, a pesar de que a lo largo del sendero no estuviésemos más que él, yo y el chivo.

–Se dice que la desaparición del oro es obra de la propia Atenea.

No conseguí dominar una sonrisa burlona.

–Por Cástor y Pólux, ¿y tú das crédito a semejantes sandeces?

Aquella inquietante superstición había llegado también a mis oídos. En los días precedentes había corrido de boca en boca y había dado la vuelta a toda Atenas. Debía remontarse a un hecho acaecido cerca de dos años antes. En aquel tiempo, Hárpalo, el tesorero de Alejandro, había robado a su rey y había huido a Asia. Los gobernantes atenienses se habían dejado corromper por aquel ruin ladrón macedonio y le habían concedido asilo y protección. Seguidamente, convertido en huésped incómodo en la ciudad, Hárpalo se habría visto obligado a huir, pero en aquel momento los gobernantes corrompidos se habían negado a restituir a Alejandro el oro que se habían embolsado. Así, a un año de la muerte del soberano macedonio en Babilonia, todo ateniense estaba convencido de que la diosa Atenea, indignada, había decidido castigar la *hybris* de los gobernantes haciendo desaparecer las reservas de oro de toda la ciudad.

–Ya sea obra de un dios o de un mortal, lo cierto es que esta desgracia no podía ocurrir en un momento peor –dije–. Nuestro ejército está comprometido desde hace meses en un durísimo asedio a la fortaleza de Lamia, donde Antípatro, el anciano gobernante de Macedonia, se ha atrincherado junto con sus hombres. Hasta ahora todos nuestros ataques a las murallas han sido repe-

lidos. Grande es la apuesta: derrotar a Antípatro llevaría al fin de la hegemonía macedonia en toda Grecia. Atenas podría restablecer el predominio sobre las otras ciudades griegas, volviendo al esplendor de los tiempos de la Liga de Delos. Pero para romper el sitio de Lamia hacen falta aún muchos hoplitas y armas en gran cantidad. Cosas de las que Atenas por el momento no dispone, puesto que hace cuatro días las últimas reservas de oro de la ciudad se desvanecieron en la nada.

Llegados a lo alto del cabo, un viejo sacerdote nos recibió en el umbral del santuario. La blanca barba era azotada por el húmedo soplo de Noto. Inmóvil como la estatua de un dios, nos miraba con ojos severos. Levanté la mano derecha en señal de saludo. El sacerdote descubrió a Estrepsíades a mis espaldas que daba tiro-nes del chivo blanco con una cuerda atada al cuello.

–Ponedlo sobre el altar –dijo severo.

Mi esclavo tiró del recalcitrante animal hasta donde había indicado el sacerdote. Lo levantó en brazos y lo colocó sobre la piedra del sacrificio. Echado sobre un costado, el chivo alzó la cabeza y emitió un triste balido.

El sacerdote se ciñó la frente con una cinta de color púrpura. Se acercó al chivo y apartó a Estrepsíades con un brusco ademán.

–¿Qué quieres saber del dios? –me preguntó con tono solemne.

–Mi nombre es Apolófanes. Una de mis naves debe poner vela hacia Tarso. El cargamento de mercancías que transporta es de gran valor, buena parte de mis bienes ha sido invertida en él. No puedo exponerme a hacerla zarpar en un día infausto. Su naufragio arrastraría a los abismos todas mis riquezas.

El sacerdote se anudó por encima de los codos las mangas de su largo quitón. El puño izquierdo se abrió sobre el fuego sagrado que ardía en el altar. Dejó caer hierbas y aromas de un intenso olor que al contacto con el fuego se dispersaron en el éter. Posó una pequeña corona de mirto sobre la cabeza de la bestia. El chivo miró al anciano sacerdote con ojos lánguidos, presagio del final inminente. El sacerdote masculló un himno con voz ron-

ca. Desenfundó el puñal del sacrificio y lo hizo centellear en el aire. Su rostro rugoso se arrugó más aún en una expresión torva. La hoja rozó el cuello del chivo. Un chorro de sangre empapó el blanco quitón del sacerdote. El chivo se agitó agonizante durante unos instantes y luego expiró. La sangre roció el inmaculado mármol. En los ojos oscuros y ya sin vida del animal, el sacerdote interrogó al dios. Clavó la mirada hacia el horizonte.

—¿Cuál es el oráculo? —pregunté impaciente—. La nave espera una orden mía. ¿Partir o quedarse?

—Quedarse —sentenció.

Los ojos en todo momento fijos en la línea divisoria entre el reino de Zeus y el de Poseidón.

Lo miré incrédulo.

—No comprendo. El cielo está sereno. No veo una sola nube. El viento es favorable. Las condiciones parecen excelentes para una navegación tranquila. Posponer la partida podría comprometer mis negocios.

—Dar la orden de zarpar significaría la completa ruina. Haz lo que tú creas, mercader —dijo por toda respuesta el sacerdote—. Pronto la cólera de Poseidón se abatirá sobre los navegantes incautos y arrastrará al fondo del mar mercancías y navíos con los que los hombres osan desafiarla. Amarra tu nave durante algunos días anclada en el puerto, deja pasar la borrasca y hazte a la mar al tercer día que se haya serenado el tiempo. Únicamente así llegará segura a su destino.

Ordené a mi fiel esclavo que dejara una ofrenda en el templo.

—Yo en tu lugar no daría nada a ese sacerdote —objetó Estrepíades—. Los dioses lo han privado de juicio. ¡Mira el cielo, mi amo! No hay ni una nube.

Confieso que también yo pensé lo mismo, pero no tuve el valor de admitirlo. Por eso reconvine a mi esclavo. En el fondo, por más que nosotros dos pudiéramos dudar de la fiabilidad del oráculo, no podíamos permitirnos despotricar contra el ministro de un dios.

Terminamos los ritos de reverencia e inmediatamente descendimos a lo largo del sendero impracticable hasta la bahía inferior. Nuestra nave nos esperaba anclada no lejos de la orilla.

–Volvamos atrás –ordené al capitán cuando estuvimos a bordo.

La chusma acató las órdenes y levó anclas. Inmediatamente los hombres ocuparon sus bancos y batieron el mar con los remos. La nave trazó una estela espumosa hasta que alcanzamos alta mar. Entonces izamos la vela, que se hinchó con un sonoro chasquido al soplo del viento favorable, y la nave voló a flor de agua, rauda como un pájaro, rumbo hacia Atenas.

Empujados por Eolo, navegamos a la vista de la costa durante el resto del día y atracamos en el puerto del Falero cuando el cielo era ya iluminado por la luna llena.

A la mañana siguiente desperté a mi esclavo temprano.

–Hoy vendrás conmigo –le dije–. Hay una persona que debe conocer el oráculo del dios.

Aquella a la que debía referir la decisión de posponer la partida de la nave era mi socia en los negocios que había invertido una suma considerable en el cargamento de mercancías destinado a los mercaderes de Licia y de Frigia. Su nombre era Filoxena, una sabia hetaira, rica y extraordinariamente hermosa. Vivía en una lujosa casa de las laderas de la Acrópolis.

Llegados a destino, me detuve delante de la puerta.

–Espera afuera –dije a mi esclavo–. No me llevará mucho.

Dos siervas envueltas en unos peplos oscuros me recibieron en la entrada, me ofrecieron agua y me llevaron al peristilo del patio interior. La casa estaba rodeada de una vista encantadora. Miré a lo alto, por encima de la tapia del recinto. Por un lado, descollando sobre la parte superior del templo próximo, podía admirarse la estatua de Temis, la antigua diosa de la Justicia con la balanza en una mano y la espada en la otra. Por la parte opuesta, por encima del túmulo de Hipólito, se descubrían los Propileos, la suntuosa entrada a la Acrópolis. El patio rebosaba de plantas frondosas y bien cuidadas. En el centro, un altar consagrado a las Musas.

Filoxena yacía recostada en un lecho a la sombra de un toldo blanco en compañía de dos jóvenes barbudos y de dos muchachas. Ambos jóvenes, de unos dieciocho años, estaban sentados enfrente de ella en asientos de madera, el quitón desatado a lo largo de los costados dejando el pecho al descubierto debido al gran calor. Las muchachas, también de entre trece y dieciocho años, estaban cómodamente arrellanadas a sus pies sobre unas cómodas pieles; los largos cabellos sueltos les caían sobre los hombros y velaban su pecho lozano. Coronaban el rostro armonioso de Filoxena unos espesos y rizados cabellos. Tenía los ojos verdes, la nariz afilada y los labios bien dibujados, que mostraban una sonrisa inteligente. Su figura sinuosa apenas se entreveía bajo el largo peplo de lino que la cubría hasta los pies. Joyas de oro adornaban sus brazos levemente dorados por el sol. Un largo collar de plata realzaba su hermoso pecho. Conversaba amablemente con sus invitados, que la escuchaban con los rostros encendidos de profunda admiración. Los cinco sacaban su vino de un ánfora que había a los pies del lecho sumergiendo sus copas en ella. Encima de una mesita descansaba un recipiente en forma de cuerno de carnero desbordante de fruta y pastas de miel. Dos siervas trajeron unos lebes llenos de agua fresca. Los invitados sumergieron sus manos y pies en ellas, sintiendo una sensación de fresco. Filoxena contaba sólo veintidós años, pero era ya conocida en toda Atenas como una de las filósofas más insignes. Mujer sabia y dotada de una fascinación irresistible, contaba con numerosos pretendientes entre los vástagos de los *aristoi*, las familias más nobles de la ciudad. Pero por más que las propuestas de matrimonio que recibía fuesen atractivas, ella las rechazaba sin vacilación.

Desde la cumbre de su sabiduría, consideraba que no existía de por sí bien superior a la condición de mujer libre. Por tanto había jurado fidelidad únicamente a la filosofía y se había convertido en hetaira. Merced a su gran talento, había sabido atraerse a los hombres más influyentes de Atenas, que se habían demostrado muy dispuestos a pagar generosamente su compañía y que no ha-

bían tardado en hacer de ella una mujer muy rica. Con los años, aparte de una destacada sabiduría filosófica, había desarrollado también una marcada propensión a los negocios, en los que no dejaba de invertir sus riquezas en actividades mercantiles que rendían excelentes beneficios.

Cuando reparó en mí en el patio, interrumpió su amena conversación, se puso en pie y vino a mi encuentro radiante.

–Apolófanes, ¿qué te trae a mi casa?

Luego, volviéndose hacia las siervas, dispuso firmemente:

–¿A qué esperáis? Traedle una copa a mi querido invitado. Que beba conmigo y mis discípulos.

Las siervas agacharon la cabeza obsequiosas y desaparecieron en el interior de la casa.

–Mucho me gustaría, pero no puedo entretenerme –me disculpé.

A decir verdad no tenía intención de entrometerme en una conversación entre sabios. Los filósofos, ya se sabe, no tienen a los mercaderes en gran consideración.

Las siervas volvieron con la copa y la dejaron sobre la mesita. Informé a Filoxena del oráculo de Poseidón y de mi decisión de posponer en unos días la partida de la nave. La noticia no pareció afectarla mayormente. Más bien insistió para que me quedase a hacerle compañía a ella y a sus discípulos. Aunque decliné la invitación del modo más cortés, Filoxena insistió de nuevo.

–Pero yo no sería capaz en modo alguno de ofrecer respuestas a vuestras preguntas –dije para justificar mi esquivéz.

Filoxena frunció el ceño, pese a mantener inalterada su sonrisa resplandeciente.

–Presuntuoso, ¿qué te hace pensar que pretendemos respuestas de ti?

La miré desorientado.

Ella puso unos ojos de mirada tranquilizadora.

–Para todo sabio que se respete no existe mejor conversador que aquel que sabe que no sabe.

–¿Y qué querías de mí? –pregunté.

–¿Recuerdas a Tales, uno de los siete sabios más grandes de toda Grecia? Una vez, contemplando el cielo, acabó por caer dentro de un pozo. Una joven sierva de Tracia se rio de él porque, ocupado en contemplar el cielo, no advirtió el agujero que tenía delante de los pies y cayó dentro.

Me rasqué una mejilla. Una extraña agitación se había adueñado de mis miembros. Aquella filosofía tan hermosa y sabia conmovía mi corazón al menos tanto como mi intelecto.

–La verdadera sabiduría nace de los espíritus más simples –dije sin pensar demasiado en ello, recordando mis raras lecturas de Platón que se remontaban a muchos años antes.

Filoxena posó sus manos sobre mis hombros y me miró fijamente con sus grandes ojos verdes. Por la sonrisa que asomó en su semblante comprendí que había apreciado mis palabras. Noté un estremecimiento en el pecho. Los dos jóvenes y las dos muchachas tumbadas a sus pies se rieron de mis formas envaradas. Filoxena se apartó de mí y les dirigió una mirada de amable reproche. Su piel emanaba un perfume embriagador.

–¿Deberemos, pues, nosotros los filósofos abandonar las altas cumbres del pensamiento para concentrarnos en las experiencias sensibles, que son solamente las sombras de las verdades absolutas? –me preguntó con tono de desafío uno de los dos discípulos de Filoxena.

–No, en absoluto –respondí.

Me acerqué a él. Las dos muchachas me miraban divertidas. Algo menos el joven que había hablado, ahora que lo tenía delante. Seguía mirándome con descaro, con los ojos enrojecidos por una leve embriaguez, pero se veía que no presagiaba nada bueno. Con un movimiento rápido, le aplasté un pie con el talón. El joven discípulo emitió un ridículo quejido de dolor. Las muchachas y el otro joven se echaron para atrás espantados.

–Tendrías que mirar un poco dónde pones los pies –respondí con voz sosegada, dejando sentir todo mi peso sobre el pie dolorido.

Esta vez fue Filoxena quien se rio. La pequeña escena la había divertido. Juzgué que el aspirante a filósofo había tenido bastante. Levanté el talón del pie y enseguida el joven lo echó para atrás, gañendo como un perro apaleado.

–¿Has visto lo que me ha hecho? –vociferó a Filoxena–. ¡Échalo! No es digno de estar entre nosotros.

Filoxena le sonrió.

–Al contrario, te ha proporcionado una excelente demostración de lo difícil que resulta para el hombre ignorar las experiencias sensibles, como el dolor, y hasta sus efectos deletéreos, como la ira, que ofuscan la mente de aquel que busca el bien supremo. Recordad esta lección, discípulos míos.

Los cuatro asintieron estupefactos mientras Filoxena los miraba divertida.

–Te agradezco que hayas pasado a verme, Apolófanes. Que los dioses te acompañen –dijo por último.

Sonreí y me fui sin decir nada.